E. MORELL Y CASANOVA

EL NUEVO RICO

Poema en tres actos

◆

BARCELONA

1931

12

EL NUEVO RICO

El nuevo rico

POEMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

E. MORELL y CASANOVA



BARCELONA
1931

Antonio López, impresor; Calle del Olmo, 8. — Barcelona

EL NUEVO RICO

A mi primo Luis Recolons y Portabella

El Autor

E. MORELL

EL NUEVO RICO

Dramatis personœ

SEÑOR ANTONIO

Fabricante de tejidos de algodón que antes de la gran guerra estaba medio arruinado y que, gracias a los beneficios que durante la misma obtuvo, se enriquece fabulosamente.

SEÑORA EMILIA

Esposa del señor Antonio. Es mujer inteligente y bondadosa; locamente prendada de su esposo, sacrifica por él cuanto posee.

ROSA

Hija del señor Antonio y de doña Emilia. Es una jovencita que ha cumplido los quince abriles.

LUISA

Obrera de la fábrica del señor Antonio. Es muy buena, guapa y joven. Ignorando un

secreto, se casa con José, y a los cuatro años de matrimonio se divorcian.

ARTURO

Viajante de la casa, muy activo, pero perverso.

JOSÉ

Mayordomo de la fábrica. Locamente enamorado de Luisa, se casa con ella.

Al enriquecerse con los beneficios de la gran guerra, empobrece de virtudes y pierde su bondad.

ARTAL

Corredor de algodón hilado. Es hombre activo y muy formal.

PABLO

Anarquista presidente de un Sindicato obrero. Es de bastante edad.

ROQUE

Secretario del Sindicato.

CRISTINA

Sirvienta joven.

ESTEBAN

Mozo joven.

SIMÓN. — Apache.

RIEGO. — Apache.

GUARDIAS 1.°, 2.°, 3.°, y Policías.

GUSTAVO

Niño de once años.

DR. MORERA

Cura párroco de Campiño de la Hoz.

EL NUEVO RICO

ACTO PRIMERO

EL NUEVO RICO

POEMA EN TRES ACTOS

ACTO PRIMERO

El escenario representa el despacho de una fábrica de tejidos de algodón.

Un escritorio, una caja, cuatro sillas viejas, correas y ruedas de recambio.

Se oye traqueteo de telares que se hace más perceptible cada vez que alguien abre la puerta que da acceso al despacho.

ESCENA I

ARTURO

(Repasando correspondencia,

Que está a punto de quebrar
don Antonio, aseguro;
golpe fué certero y duro
el que ayer le dió Llopart.

Fué, por cierto, este señor
perfectísimo bandido,
anulándole un pedido
cuyo importe causa horror.

Es una informalidad
que arruina a quien trabaja:
siempre que el algodón baja,
se anula sin piedad.

El contrato yo ajusté,
en Sevilla, el mes de mayo,
y en agosto, como un rayo,
viene un parte, y adiós fe.

I sin buena fe, el valor
de un contrato, nada vale,
en pendiente do resbale
un ser débil con temor.

Obligado está a ceder,
si contratos no prorroga,
quien en blanco mar se ahoga
de algodón que ha de tejer;

pues, sin carecer de ley
que garantiza contratos,
ve en cada juez un Pilatos,
y de él huye y de su grey.

I resígnase a aceptar,
para arrollarlo en carretes,
de algodón hilo en paquetes
tal montón, que hace temblar.

Y para accionar motores
que telares van moviendo,
las facturas van cayendo
como lluvia en secas flores.

Y mientras corre veloz
lanzadera entre el urdimbre,
en la puerta anuncia el timbre
vencimientos de algo atroz.

Y, avaro de metal vil,
saldar debe en desconsuelo,
las piezas de terciopelo,
buen vichy, crudillo y dril.

ESCENA II

Arturo y José

JOSÉ

Estoy dándome al demonio.

ARTURO

¿Qué sucede, buen José?

JOSÉ

Que si pronto don Antonio
no da a Jorge un puntapié,

abandono dueño y casa;
más no puedo comportar
que, mientras él se propasa,
se me obligue a mí a callar.

Yo soy bueno, amigo Arturo,
pero de este gran bribón
ser la perdición hoy juro,
si persiste en ser follón.

Casi siempre llega tarde,
nunca quiere obedecer,
y, siempre que en ira arde,
es el crimen su placer.

ARTURO

Este hombre se propone
dar, sin duda, un golpe audaz,
mas, si el hado no se opone,
voy a hacerlo ineficaz.

A quien excelente vista
tenga para vigilar,
no podrá, tal anarquista,
acercarse sin temblar.

JOSÉ

En secreto. Petra Lisa
sus intentos me contó:
se propone a toda prisa
cosechar lo que sembró.

Y habiendo sembrado vientos,
tempestad va a recoger,
que, al secundar sus intentos,
haga al dueño perecer.

A su audacia considero
engendro de iniquidad,
puesto que ácrata tan fiero
otro no hay en la ciudad.

Pertenece al Sindicato
de la Estrella Azur de Orión,
y, sin pizca de recato,
prepara la rebelión

que, amparada por la huelga,
sitio pone al capital.

ESCENA III

Arturo, José y el señor Antonio

SEÑOR ANTONIO

(Excitadísimo)

Todo comentario huelga,
pronto, Arturo, llame a Artal.

Arturo entra en la cuadra. José recoge una rueda y váse también. El señor Antonio repasa partes y correspondencia.

ESCENA IV

SEÑOR ANTONIO

(Solo.)

Como presagio de guerra,
sigue el algodón bajando:
Monstruos de acero tronando
harán pronto crujir tierra,

e imprimiendo escalofrío
con horrísono estruendo,
sorberán con gesto horrendo
de algodón pólvora un río.

En vigilias de atroz duelo,
si se asoma entre el nublado,
enrojece avergonzado
y se oculta el azul cielo.

Reflejos de mi ruina
por dios Marte agigantada,
y de Europa incendiada
ya impresionan mi retina.

Con particular permiso
de quienes ejercen mando,
a la guerra ya diviso
que a la paz va estrangulando.

Ya que en tierra pervertida
siéntome tan buen profeta,
a ganar voy la partida
sin jugar a la ruleta.

Con esfuerzo de coloso
a salvar voy lo que pueda,
y en trance tan espantoso
grito, sálvese quien pueda.

Entra precipitadamente en la cuadra sin apercibirse siquiera de Esteban, que entra en el despacho al mismo instante que él lo abandona.

ESCENA V

ESTEBAN

(Solo)

¿Cómo a patrón tan furioso
notición tan espantoso
comunico sin temblar?
A dárselo no me atrevo
si, antes de morir hoy Febo,
no lo puedo mejorar.

Dos billetes taladrados,
dos talones no pagados
y una letra de Porcar
rechazada por los bancos,
son, hoy día, los barrancos
que a mi amo harán brincar.

Amenazas de atroz guerra
que, desde Servia a Inglaterra,
de metralla va a cubrir;
y de una huelga inminente
descalabros de oro y gente,
crisis grave harán surgir.

Víctima del traficante,
el activo fabricante
pobre, a veces, llega a ser;
preferible es ser obrero
que, sonriente y placentero,
en su hogar puede comer.

Quien no adora la pereza,
rico vive entre pobreza;
mientras que el rico industrial,
pobre vive entre abundancia,
víctima de la inconstancia
que al mercado hace informal.

(Pausa). (Haciendo anotaciones en su libreta)

A cobrar voy un recibo.

(Mirando el reloj)

A buena hora me apercibo
que a Cristina debo hablar,
a mi Cristina adorable,
a la moza incomparable
que el delirio sabe dar.

ESCENA VI

Arturo, el señor Antonio y José

Mientras el señor Antonio y José colocan un gran mostruario sobre de el escritorio, con la puerta entreabierta, Arturo conversa un instante con Esteban, que se va a la calle.

SEÑOR ANTONIO

Pronto, muy pronto estar quiero
al corriente de este asunto,
que es preciso a león tan fiero
latigazos dar al punto.

(Hojeando el muestrario.)

ARTURO

Mil piezas tiene admitidas
de la marca jota, zeta,
y otras mil tiene expedidas
de este dril que tanto inquieta.

SEÑOR ANTONIO

(Airado.)

¿Inquietud y en tan mala hora?

ARTURO

Sí, tejiólo, por desgracia,
un villano que atesora
de Luzbel cierta eficacia.

JOSÉ

Por fortuna, pocas piezas
desperdiciaron sus manos;
pronto advierto las proezas
con que obsequian los gitanos.

Luisa, con una lanzadera en la mano, desde la puerta llama a José. Váse éste no sin que antes le diga don Antonio.

SEÑOR ANTONIO

¡Eh, José!, antes de las doce
listo quiero aquel tejido.

JOSÉ

Don Antonio no conoce
en qué manos ha caído
este su encarguito extraño;
ya sabrá en hora oportuna,
que hay un lobo en su rebaño
que devora una fortuna.

(Vase.)

ESCENA VII

El señor Antonio y Arturo

SEÑOR ANTONIO

¿A qué lobo alude este hombre?

ARTURO

Al agente de la "Estrella",
y anarquista de renombre,
Jorge Bruno y Estadella.

(Hojeando de nuevo el mostruario)

La Agencia de Alfredo Robles
consignarle ayer debía,
un millar de piezas dobles
de crudillos marca "Hungría".

Completaban el pedido
mil piezas de terciopelo
y otras mil que he, al fin, vendido
al pez que hoy picó mi anzuelo.

SEÑOR ANTONIO

No gaste conmigo bromas
cuando airado me subleve.

(Paseándose agitado)

En tren parta, Arturo Comas,
y en Sevilla anzuelos pruebe.

(Paseándose nervioso)

Para Andalucía, hoy mismo,
partir debe sin tardanza,
y a Llopart rompa el bautismo
si persiste en su asechanza.

Desde ahora le faculto
para hacer nuevos contratos.
A quien hace tal insulto,
ahogar quiero con mis trapos.

Otro gran bajón presiento.
La existencia a Llopart venda
aunque el treinta por ciento
de rebaja, el vil, pretenda.

Antes del cuatro de agosto
debe estar todo vendido.

ARTURO

¿En callejón tan angosto,
don Antonio está metido?

SEÑOR ANTONIO

Más que angosto, es sin salida
mi calle de la amargura;
pero juro por mi vida
que, aun cuando sea locura,

tal boquete abriré en ella,
que, en mi corcel desbocado,
salir pueda cual centella
que fulgura entre el tornado.

Llame a Artal, que venga pronto,
y antes de emprender su ruta
lléguese a casa Toronto,
que hoy su amo allí debuta.

Déle, a cuenta, tres mil duros
por si oscilan medio entero
las mil balas de futuros
que le adjunto para enero.

Cuando Nueva York cotice
algodón de buena clase
al precio que a Jover hice,
que no dude ni se atrase,

y, a centavos nueve y medio,
las mil balas deje en firme.
Hay que burlar el asedio
antes que llegue a rendirme.

ARTURO

(Disponiéndose a partir)

Muy bien dice, don Antonio.

SEÑOR ANTONIO

De este hábil golpe oportuno,
a usted quiero en testimonio,
amigo agente zorruno.

(Al disponerse a salir, llama Artal)

ARTURO

Entre, entre, Teodoro.
(Váse Arturo y entra Artal)

ESCENA VIII

El señor Antonio y Artal

ARTAL

Don Antonio, le saludo.
Perdone si a verle acudo
con retraso que deploro.

SEÑOR ANTONIO

Si algo malo a un buen cliente
por desgracia acaece,
llegar debe, el buen agente,
antes que el desastre empiece.

ARTAL

Dispense usted mi tardanza
hay para volverse loco
cuando el fiel de la balanza
hacia el mal se inclina un poco.

Es que en lejano poblado
do en familia me recreo,
hame el calor obligado
a fijar mi veraneo.

Es que el mercado reclama
intermediarios auxilios
que extingan cercana llama
que alumbra ya domicilios.

Es porque, mi buen amigo,
a la vez, mis diez clientes,
como usted, usan conmigo
rigores improcedentes.

y por más que me interese,
más al verme se electrizan,
y, como si perro fuese,
contra el vendedor me atizan.

Y exigen por cada entero
que en las Bolsas decapitan,
rebajar que de hombre artero
a quien las pide acreditan.

Mas, sonriente, su contrato
el vendedor acaricia,
mientras tocan a rebato
desde Cádiz a Galicia,

no campanas, sino trampas,
que hacen fúnebre ruido,
mientras sagradas estampas
del contrato, al fuego han ido.

El incendio formidable
sólo contratos respeta,
si la firma honorable
de un hilador los completa.

Con bajones tremebundos
América a Europa aterra,
y estremecen ya a ambos mundos
presagios de una atroz guerra.

SEÑOR ANTONIO

¿Qué malas noticias traen
las gacetillas ligeras?
¿Es que ya granadas caen,
en París, rompiendo aceras?

¿Es que los bravos prusianos
en Rusia han ya penetrado;
o es que ya en traidoras manos
ha la Tríplice expirado?

¿Es que potente Albión, rubia,
con sus buques ya a Kiel rinde;
o es que empezó ya la lluvia
que con plomo traza un linde?

ARTAL

Más que lluvia de metralla
merece en castigo el mundo,
latigazos de una tralla
que usa Dios sólo un segundo.

ESCENA IX

Señor Antonio, Artal y José

Dan las doce horas; cesa el ruido de máquinas y comparece José.

SEÑOR ANTONIO

¿Y las muestras que he pedido,
dónde están, mi mayordomo?

JOSÉ

Quien las teje es un perdido
que me dijo con aplomo:

"que de sumas y no restas
quiere en su favor ver listas;
y, por lo tanto, las muestras
por la noche estarán listas.

Y que si el burgués se queja,
Sindicato hay que le ayuda."

SEÑOR ANTONIO

Cesante al instante deja
al chacal que bilis suda.

ARTAL

Un despido como este
huelgas trajo en casa Olano;
procure que tan vil peste
no le infecte este verano.

SEÑOR ANTONIO

Si tal desgracia acaece,
gustoso conceder quiero,
de acuerdo con León trece,
sus derechos al obrero.

Pero estoy también de acuerdo
con sabios nada papistas,
que hay que estar en desacuerdo
con los cafres anarquistas.

El anarquismo disfruta
revolcándose en el cieno,
comiendo pútrida fruta
y robando el bien ajeno.

(Dirigiéndose a José con ademán severo)

José, activar debe Luisa
muestrario tan urgente.

JOSÉ

Si tanto a usted le precisa...

SEÑOR ANTONIO

A Sevilla mi agente
llevarlo esta noche debe.

JOSÉ

Va a sacarnos de este apuro
la mujer que será en breve
de mi amor consuelo puro.

SEÑOR ANTONIO

(Muy sorprendido)

¿Tan linda mano pretende?

JOSÉ

Sí, con orgullo amo a Luisa,
pero, en vano, amor contiende
para oir lo que precisa.

Una sílaba quisiera
de sus labios a mi oído
ver volar como ligera
avecilla vuela al nido.

Que abra un sí sus labios rojos
quisiera quien tanto la ama;
y el destello de los ojos
que encender puede una llama.

Llama que, con su ardencia,
amor funde con los celos,
creando, con gran frecuencia,
infiernos junto a los cielos.

(Váse)

ESCENA X

Señor Antonio y Artal

ARTAL

Hondamente, caro amigo,
hase usted impresionado;
ya sabe que yo consigo,
¡oh, Tenorio afortunado!,

al rostro ver dibujada
la impresión que el pensamiento,
complaciendo la mirada,
trazar sabe en un momento.

SEÑOR ANTONIO

Verá, pues, en este instante,
entre chusma que me asedia,
reflejada en mi semblante
la imagen de la tragedia.

ARTAL

No sin que haya antes visto
bofetón darle una mano,
más fuerte que el que dió a Cristo
el más vil sayón romano.

SEÑOR ANTONIO

(Disimulando)

Se equivoca adivino,
si tal mano existiese,
bofetón fuera divino
cual caricia lo que diese.

Mas lo que ahora precisa
verdades son y no embustes.
¿A qué precio, Juan Pahissa,
haría hoy nuevos ajustes?

ARTAL

Pretender sería en vano
mejor precio que el que hicimos
con don Roque Sert de Olano;
fué una ganga que obtuvimos.

SEÑOR ANTONIO

(Dándose importancia)

Siempre gangas dar pretende
y, al fin, da lo que es corriente.
¿Y a qué precio hilados vende
don Fernando Boix Lafuente?

ARTAL

Sólo admite algún pedido
para entrega muy lejana.

SEÑOR ANTONIO

¿Y qué precio os ha ofrecido
la "Hilandera Catalana"?

ARTAL

A treinta y cinco reales
urdimbre número trece.

SEÑOR ANTONIO

Digno de ofertas formales
el precio este me parece.
(Pausa; haciendo números)

De algodón hilado ajuste
a Boixeda, Rius y Escollos,
tome nota y no se asuste,
siete mil quinientos rollos;

y en firme deje al instante
a "Hilandera Catalana"
otro ajuste semejante;
siempre fibra americana.

ARTAL

¿Y a qué precio ajusto en firme
tan importantes pedidos?

SEÑOR ANTONIO

Contratos, sin temor, firme
a los precios hoy cedidos.

Acepte, haciendo repartos
de mil rollos semanales,
a base de cuatro cuartos
y treinta y cuatro reales.

Este precio es por paquete
y a noventa días plazo.

ARTAL

¿Y así usted se compromete
sin temor a un patacazo?

SEÑOR ANTONIO

Cuando un pico de oro fino
con su canto le conmueve,
el intrépido adivino
a mucho más aún se atreve.

Aunque, Artal, agosto atonte,
antes que esta tarde Febo
enrojezca el horizonte,
los contratos firmar debo.

ARTAL

Quedará usted complacido,
don Antonio. Hasta luego.

SEÑOR ANTONIO

Adiós; no acuda hoy al nido
del pueblico veraniego.

ESCENA XI

El señor Antonio

SEÑOR ANTONIO

¡Qué mañanita, Dios mío!
Voy a ver si, al fin, consigo
fuerte atando este lío,
rico hacer a un gran mendigo.

¿Qué otra cosa hoy resultas,
miserable pordiosero,
que en mi cuerpo te ocultas
engañando al mundo entero?

Siendo, como soy, tu hechura,
y tú el alma que la instiga,
¿no soy también la figura
del infeliz que mendiga?

Y mientras voy mendigando,
de mi esposa, la gran dote,
del tiempo, plazo nefando
que transcurra y no alborote,

y al banquero que, en su silla
a mi crédito dé asiento,
el leopardo de Sevilla
mi alma deja sin aliento.

Y mientras niñas grandotes,
en la grupa cabalgando
de la moda, exhiben dotes,
mi pobre hija va llorando.

Y mientras mi hijo...
(Llaman)

ESCENA XII

Señor Antonio y Luisa

SEÑOR ANTONIO

¿Quién llama?
Adelante. ¡Oh, Luisa!

LUISA

De vos audiencia reclama
la resignada y sumisa

que, años ha, triste aquí vive
aguardando este momento.
Momento que, al fin, derribe
para siempre mi tormento.

SEÑOR ANTONIO
(Azorado)

¡Y qué horrible compromiso!

LUISA

Como aquel día nefando,
en fingido paraíso
al mundo estamos burlando.

SEÑOR ANTONIO

Por favor, mujer, no hieras
con recuerdo espeluznante
a quien tratan como fieras
los goces de aquel instante.

Digna eres aún del hombre
que nuestro secreto ignora;
no quieras manchar tu nombre
viniendo aquí en tan mala hora.

LUISA

Listo tengo ya el muestrario,
el personal está ausente,
y el destino estrafalario
nuestro encuentro hoy consiente.

SEÑOR ANTONIO

En cinco años transcurridos
no inspiró tu honor sospechas,
y, en un momento de olvido,
en tu alcázar abres brechas.

Brechas por donde entrar pueden
los terribles enemigos
que ni tregua no conceden
ni perdón, si son testigos.

Vete, pues, mujer honrada,
lejos de este ser maligno:
que ya empieza tu mirada
a exaltar su amor indigno.

Vete, pues, mujer preciosa
y digna de mejor suerte:
evita que a tu alma briosa
dé, otra vez, un dragón, muerte.

Vete, y estrecha en tus brazos
al hombre que más te quiere,
porque ignora aún los lazos
que el nudo atan que nos hiere.

Porque, Luisa, nuestro hijo...
(Con indecisión)

LUISA

¿Vive?

SEÑOR ANTONIO
(Titubeando)

No, murió aquel día...

LUISA

En que el hado cruel me dijo:
—No tendrás más alegría,

latir desde el cielo oyeron
por tu madre y tu Gustavo,
corazón que a muerte hirieron
en tu pecho ardiente y bravo.

Fué el día que a tu hijito,
sin querer tu compañía,
en lugar que yo visito
enterró la gente impía.—

No obstante, a todas horas,
un vago presentimiento
me dice: —El hijo que lloras,
vive oculto a tu tormento.—

Y contemplo los chiquillos
que en la plaza alegres juegan,
y en mi pecho, cual cuchillos,
sus miradas sangre hielan.

Y al pensar que he sido madre,
mi corazón se enfurece
de tal modo, ¡indigno padre!,
que, el castigo que merece,

arrancándolo del pecho
quisiera con ira darle;
pero de mi hijo alejarle
más y más aún sospecho,

si, arrojándome al infierno,
lo hago pasto de las llamas;
y este sentimiento interno
evita horrorosos dramas.

Por desgracia soy cobarde,
pero en vos tengo el verdugo
que hace de hombre honrado alarde:
Hombre que me impuso un yugo

que, en un secreto encerrado,
atroz llaga profundiza,
cual serrucho acerado
que el cirujano utiliza.

Quien tan vilmente procede
sin que su cuerpo se abata,
al mío acuchillar puede
libertando al alma que ata.

Así, pues, cruel farsante,
la carne que profanasteis
fresca aún y palpitante
como el día que la hollasteis,

os ofrezco desolada;
con desespero, suplico
que, de nuevo, desgarrada
la dejéis, pérfido rico.

Dejando mi cuerpo abierto
con rudo golpe y certero,
entrañas al descubierto
dejad presto, aventurero.

SEÑOR ANTONIO

Basta ya, ¡oh, mujer santa!;
por ser mi condenación,
desespero tuyo espanta
a quien fué tu perdición.

Basta ya, formal obrera:
a cruel venganza te incita
crimen, que a quien desespera,
al abismo precipita.

Basta ya, Luisa amada,
tu presencia ya electriza
a la fiera disfrazada
que en mi cuerpo se entroniza.

Con pasión va recordando
que, al cebarse en tus despojos,
de placer iba temblando
ante tus divinos ojos.

Que cuando a su fino olfato
recreaba tu fragancia,
sorbiendo tu inmenso llanto,
daba al beso más sustancia.

Y que, su lengua, en tu carne
fresca y dura paseaba,
cual felino que al descarne
no se atreve si no bava.

Por fortuna, en este instante,
su dominio está en mis manos;
para que no se levante
hago esfuerzos sobrehumanos.

Para reparar la falta
que origina tu dolor,
el Dios que seres exalta
ser quisiera por tu amor.

Ser quisiera, ¡oh mujer buena,
solterón o viudo honrado,
para dar muerte a tu pena,
tuyo siendo esposo amado.

Se arrodilla sollozando, besando las manos de Luisa.

Ya que el santo matrimonio
ser nuestro amparo no puede.

LUISA

(Conmovida)

Levántese, don Antonio:
mi amor perdón le concede,

y, ante Dios, formal prometa
que, del hombre que más quiero,
una vez yo a él sujeta,
protector será sincero.

SEÑOR ANTONIO

(Levantándose)

Para dar a la promesa
solidez de juramento,
por Cristo, barcelonesa,
darte juro este contento.

(Se oye ruído en la cuadra)

¿Nos habrán ya sorprendido?

LUISA

Que el Señor no lo permita.

SEÑOR ANTONIO

Vete, Luisa, este ruido...

LUISA

(Saliendo ligera)

Calma y sosiego me quita.

ESCENA XIII

El señor Antonio solo

SEÑOR ANTONIO

¡Y qué hermosa y linda joven!
¿Por qué disteis, ¡oh, Dios mío!,
para que el sosiego roben,
a las hembras tanto brío?

¿Por qué habéis a su garganta
tan sonora arpita dado,
que como ruiseñor canta
al vibrar cual pico alado?

¿Por qué en diminuto cielo
soles puesto habéis tan bellos,
que asesinan a quien celos
comunican sus destellos?

¿Y por qué los atractivos
que veloces se marchitan,
si caprichos fugitivos
a gozarlos nos incitan?

Y enfrente tanta hermosura,
tanta gracia y tanto brío,
¿por qué habéis puesto, ¡Dios mío!,
como hombre a un criatura?

ESCENA XIV

El señor Antonio, doña Emilia y Rosa

ROSA

(Corriendo). (Besando a su padre)

Buenas tardes, papaíto.

SEÑOR ANTONIO

Buenas tardes, bella Rosa.
(Besando a su esposa)

Me complace infinito
verte aquí, querida esposa.

SEÑORA EMILIA

Hemos salido temprano
para comprar tu alegría,
vendiendo a tu cruel hermano
nuestra última alquería.
(Dándole dinero)

Toma el resto de la dote
que tu honor debe salvar;
he vendido el Casalote
y el campo del gran Pajar.

Ya nada me queda, Antonio,
de las fincas que heredé.
Todo mi gran patrimonio
por complacerte entregué.

SEÑOR ANTONIO

Gracias mil, querida esposa;
tu heroismo redentor
puso en fuga vergonzosa
a quien era mi opresor.

Ya don César mis telares
no podrá nunca obtener;
ya jamás dará pesares
a tu esposo, tan vil ser.

Ya al rival de la Coruña
y al de Oviedo venceré,
ya de garras del de Orduña
sin arañazos saldré.

Ya adquirir podré futuros
que a mis piezas y al bolsón,
libren de los golpes duros
que, al bajar, da el algodón.

Y, por fin, querida Emilia,
tranquilo podré aguardar
a la guerra que auxilia
a quien neutral quiere Azar.

ROSA

(Afligida)

En cambio, papá querido,
tu hija queda sin casita,
sin pajar, y sin el nido
del tejado de la Ermita.

Sin pastor y sin rebaño
y sin corceles briosos
que, piafando, eran cada año,
de mi azúcar, más golosos.

Y sin tantas otras cosas
que citarte aún podria
si en tu frente ya rugosa
nubarrones no veía.

(Llorando)

Pero lo que más me apena,
papaíto de mi vida,
es que ya mi amiga Helena
con mi novio es atrevida.

SEÑOR ANTONIO

(Abrazando a su hija)

No llores, querida hijita,
rica voy de nuevo a hacerte,
con aventura inaudita
que a la ruína desconcierte.

Tendrás coches y caballos,
palacios y servidumbre,
y, cual sumisos vasallos,
de Romeos, muchedumbre.

Y tú, mi bella Julieta,
escogiendo al más apuesto,
quizás halles el poeta
más genial, rico y honesto.

No llores, querida esposa,
no llores, querida hijita,
nuestra suerte hoy duelosa
dicha ser puede infinita.

EL NUEVO RICO

ACTO SEGUNDO

4

EL NUEVO RICO

POEMA EN TRES ACTOS

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

Esteban duerme vestido, en un lecho improvisado. De pronto, suena un timbre y se despierta bostezando.

ESCENA I

ESTEBAN

Desgraciadamente, Serra,
predicción hizo acertada:
ya encendida está la guerra
en la Europa desquiciada;

ya en España los huelguistas
que por las calles pululan,
cual feroces anarquistas,
libertad y trabajo anulan;

ya a los fieles semanales
aquí a pernoctar obligan,
los obreros informales
que a sus hermanos hostigan.

No hay derecho, en presencia
de un porvenir inseguro,
a un burgués en decadencia
poner en tan grave apuro.

Cabalmente un año hace
que la huelga triunfante,
la mejora que hoy desplace
trájonos, altisonante.

Desgraciado del obrero
que, en la senda del deber,
camina cual pordiosero
anarquista, por comer;

y sin fundado motivo
de la huelga, a lo mejor,
en sentido abusivo
se aprovecha con rencor.

Destruir el capital
que todo industrial expone,
es vileza que indispone
para ser hombre formal.

Quien anárquica pereza
y odio infunde al corazón,
un ser libre a la pobreza
condena, que es ricachón.

Porque rico es quien trabaja
si puede, al fin, extraer
del mundial tesoro, miaja
que dé abrigo y dé comer.

Una vez esto alcanzado,
lo restante suyo es,
y no puede haber malvado
que le cobre ni interés.

Suyo el cielo es, y la tierra
con la inmensidad del mar:
suyo el aire de la sierra
que al pulmón va a oxigenar;

suyo el canto de las aves
cuyos trinos son de amor;
suya la caricia suave
que la brisa hace a la flor;

suyos los vivos colores
que del día ornato son;
suyos todos los valores
que guarda el mundial arcón;

suya cuanta hermosura
su ojo llega a contemplar,
y suya cuanta ventura
sepa en el pecho guardar.

Sobran los ricos palacios
y el oro que, al fallecer,
el alma por los espacios
no puede ya retener.

Sobran la carne y el brillo
del goloso que al comer
no piensa en el gusanillo
que, a su vez, le ha de roer.

Y sobra incluso el dinero,
que nos presta la ambición,
para hacer más llevadero
lo que crea la aflicción.

ESCENA II

Luisa y Esteban

Medio muerta, entra Luisa herida de la cabeza.

LUISA

Por favor, curadme, Esteban.

ESTEBAN

¿Quién tal golpe ha dado atroz?

LUISA

Huelguistas que se sublevan
en Campiño de la Hoz.

Cae desmayada. Esteban la sostiene.

ESTEBAN

Socorro, José, socorro,
que Luisa llega herida,
que la sangre mana a chorro,
que la pobre pierde vida.

Despierte, José, despierte,
y en su ayuda acuda presto
si no quiere que la muerte
tronche cuerpo tan apuesto.

Coloca a Luisa en una silla y utiliza el botiquín.

ESCENA III

Luisa, Esteban y José

Entra José a medio vestir

JOSÉ

¿Será verdad lo que veo?
¿Es, Esteban, de Luisa,
este rostro sin sonrisa
en donde la muerte leo?

Lava con yodo la herida
de esta frente ensangrentada
y, una vez esté vendada,
que éter respire, mi vida.

Y si el éter no resuelve
esta crisis pasajera,
llama al doctor Aguilera
y al punto a mi lado vuelve.

ESTEBAN

No se apure, caro amigo;
recobre perdida calma;
Ya el éter despierta el alma
que halla en Luisa fino abrigo,

y asomándose en ventanas
que a su rostro dan mirada,
miserias aleja humanas
con reflejos de la albada.

JOSÉ

(Satisfecho.)

Ya en sus labios se dibuja
la sonrisa bondadosa,
ya su cuello, amigo, estruja
por salir, su voz de diosa.

Pronto grata melodía
oiremos que complace

ESTEBAN

Yo, en tanto, salgo a la vía
a cumplir misión que place:

Aun sabiendo que odio infundo
en corazones malvados,
al mejor amo del mundo
voy a dar varios recados.

(Vase)

ESCENA IV

Luisa y José

JOSÉ

Indecibles penas
hánme hecho sufrir
y sangre en mis venas
heló tu gemir.

LUISA

Tu amoroso empeño
triunfante verás;
ya fruncir el ceño
verásme jamás.

JOSÉ

Mi sangre deshiela
tu alegre reir;
dicha grande anhela
mi alma al tu vivir.

LUISA

Conmigo tal dicha
transcurrir verás,
sin que desdicha
nos hiera jamás.

El sí deseado
doyte alegre, al fin;
sé que bien guiado
va mi bergantín.

JOSÉ

El sí que mi esposa
te proclama hoy,
el no de otra cosa
merece que doy.

Júrote, Luisa,
no comprometer
la dicha precisa
que rinde el deber.

LUISA

Y yo por mi parte
júrote, José,
jamás disgustarte
ni trair tu fe.

JOSÉ

Tan pronto resuelta
la huelga veremos,
tu figura esbelta
a la mía uniremo.

Y eterna luna de mie
en nuestro cielo será,
bello satélite que el
sol de gracia alumbra.

ESCENA V

Luisa, José y Arturo

Entra Arturo.

ARTURO

Dios los guarde.

JOSÉ

Buenos días;
oportunamente llega;
sepa que aquí hoy se congrega
sindicato en rebeldía.

ARTURO

La fausta nueva he sabido
por conducto de nuestro am·
y ágil cual ligero gamo,
hacia aquí héme dirigido.

También supe por Esteban
que a Luisa herido había
huelguistas que desvarían
y en nuestra sangre se ceban.

JOSÉ

Triturando hermoso rizo,
sólo un ligero rasguño
una piedra como el puño
al rozar en su frente, hizo.

LUISA

No sin que el ligero golpe
a mi alma pareciera
rayo que da, en su quimera,
con su ardencia al rostro estoque.

ARTURO

Por fortuna herida es leve
que una vez cicatrizada,
su ancha y tersa frente de hada
más hermosa dejar debe.

Al felicitarla, aplaudo
su conducta de heroína,
y, a la vez, mujer divina,
candor suyo y virtud laudo.

JOSÉ

(Aparte)

Esto son atrevimientos.

LUISA

Tal elogio no merezco.

ARTURO

Al hacerlo, obedezco
a mis nobles sentimientos.

JOSÉ

(Aparte)

Esto son mimos de rata.

ARTURO

(dice a José)

Ya empieza a sentir cosquillas.
El carmín de sus mejillas
viva emoción ya delata.

JOSÉ

No lo crea, caballero;
quien su rostro ha colorido
es la sangre que ha corrido
dando un susto pasajero.

Vete, Luisa, al cuarto oscuro,
tu divino rostro lava,
y pausadamente acaba
el trabajo aquél tan duro.

LUISA

Todo el día urdiendo a mano
en circunstancias nefandas,
cumplir quiero lo que mandas
con esfuerzo sobrehumano.

(Vase)

ESCENA VI

Arturo y José

ARTURO

¿Desde cuándo se tutean
los amantes que "flirtean"
en plena huelga fabril?

JOSÉ

Desde que Luisita, herida,
al alma que me da vida
arrebató el amor viril.

ARTURO

Buen José, le felicito;
gusto tiene y exquisito
escogiendo a tal mujer.

JOSÉ

Muchas gracias, caro amigo:
la grata esperanza abrigo
de a su lado feliz ser.

ARTURO

(Mirando el reloj)

Dentro media hora escasa,
de la huelga, en esta casa,
el sindicato vendrá a hablar;
pero antes, con prudencia,
esta carta con urgencia
debe ustê al amo llevar.

JOSÉ

Si tan urgente es el caso,
a llevarla sin retraso
con presteza ahora voy.

(Vase)

ARTURO

(Aparte, mientras José se pone
la chaqueta)

Solo con Luisa quedo;
a disparar voy el torpedo
que ya preparando estoy.

ESCENA VII

ARTURO

(Solo)

Con mi ingenio buscar debo
el objeto que cual cebo
a la moza atraiga aquí;
y una vez aquí la tenga,
nada habrá ya que detenga
mi más loco frenesí.

Entreabre la puerta y ve venir a Luisa.

Cual dorado colorante,
aceite lubrificante
de atractivo va a servir;
ya se acerca la princesa,
y a llenar va oronda y tiesa
la alcuza que ayuda a urdir.

ESCENA VIII

Luisa y Arturo

Entra Luisa, llevando una alcuza de hoja de lata.

LUISA

Como goznes resecados,
rechinar siento acerados
soportes del urdidor:
vengo en busca del aceite

que, al lubrificar, deleite
mi esfuerzo redentor.

Toma aceite de un barril oculto en un rincón. Arturo, con disimulo, cierra la puerta y se mete la llave en el bolsillo.

Ruedas, volantes y cables,
las huelgas insoportables
mantienen sin funcionar,
y otra vez la manivela
a mi mano desconsuela
al tenerla que empuñar.

ARTURO

Y a mi alma entristece
el pensar que bien merece
otra cosa acariciar;
abandone ruda faena
que a muerte lenta condena
y viva por disfrutar.

Cuando reine el amor libre,
las hembras de su calibre
del mundo reinas serán;
entre tanto, mujer casta,
en mis brazos amor gasta,
disipando este mi afán.

Con refinamiento brujo,
los placeres que da el lujo
sentirá su corazón,
y aquel gozo infinito
que da el cercano delito
al brindar la tentación.

Como reluciente estrella,
a mi lado, mujer bella,
eternamente será
sol que, brillando en mi cielo,
jamás nube echando velo,
ni un instante apagará.

En collares deslumbrantes,
rubíes, perlas y diamantes,
su hermosura realzarán;
y a mi lado, en los salones,
en bailes y reuniones,
los hombres la admirarán.

LUISA

Por Dios, señor intrigante,
sea usted menos galante
con quien no sabe fingir,
que, aventurero inaudito,
ni bromeando yo permito
que se intente mi honra herir.

ARTURO

La fuerza que da el dinero
tendrá usted y el placentero
alegrísimo vivir
que proporciona el gran mundo,
al astro que, rubicundo,
colosal sabe lucir.

A mi lado, buen perfume,
del aceite que consume
el hedor extinguirá;

y con modas elegantes
y placeres delirantes
el mundo la obsequiará.

LUISA

Su fineza no agradezco;
a José ya pertenezco
e inútil es pretender
que a ser honrada renuncie
por más que Arturo me anuncie
las delicias del placer.

ARTURO

Mi esposa quiero yo hacerla
y adorarla y quererla
y seguirla cual fiel can.
Quiero que mi cerviz pisen
los pies suyos y me avisen
dando coces con afán.

Del vicio quiero en el fango
revolcarme al son del tango
que tu boca ha de cantar;
y borracho de alegría,
con tu amor por compañía,
vivir quiero para amar.

Quiero amor que me apuñale
y riéndose aseñale
el vil oro que cobró:
y, con pasión, en mis brazos,
sucia aún, dando gritazos,
niegue lo que mi ojo vió.

Quiero verme consumido
por veneno convertido
en sustancioso manjar
que, de tu mano a mi boca
con alegría que aloca
dulcemente ha de pasar.

Va por cogerle la mano. Luisa huye y encuentra la puerta cerrada.

LUISA

¿Sola ante hombre que se altera
y que lucha, en su quimera,
cual rabioso y vil bajá?
Ayudadme, cielos santos,
que mis ruegos sean cantos
que oiga atento Jehová.

ARTURO

(Como loco)

Si tu ruegas al Dios Santo,
yo a Satán invoco al canto
y el infierno abro a mis pies.
Es inútil que forcejes,
serás mía aunque te alejes
y te escondas cual cienpiés.

ESCENA IX

Luisa, José y Arturo

Ciego de ira, aparece José.

JOSÉ

Esto sí que, aventurero,
ni tu acero
ni el lucero
a quien vienes de invocar;

esto sí que, vil agente,
ni tu gente
ni el valiente
que cobarde es al luchar;

esto sí que, ¡vive Dios!,
ni vos
ni mil
con vos,
habéis jamás de alcanzar.

Se echa sobre Arturo para estrangularle.

LUISA

Cogiendo a José una de las manos que oprimen el cuello de Arturo.

No permitiré que, en vano,
al villano,
dé tu mano
castigo tan ejemplar.

JOSÉ

(Dejando de luchar)

¿Por ventura, amor gentil,
cual reptil,
al ser vil
permitido no es pisar?

LUISA

Si a escuchar mi ruego accedes,
coger puedes
con tus redes
a ese monstruo, sin luchar.

JOSÉ

Ni que lo pida Dios santo,
ni tu canto
ni tu llanto
puedo ahora yo escuchar.

José lucha otra vez.

LUISA

No me hagas más sufrir;
que el herir
tal vampiro
ante el juez te puede atar.

JOSÉ

(Dejando de luchar)

¿Di, Luisa, di, rediez,
es tal vez
al buen juez
permitido atropellar?

(Vuelve a luchar)

ESCENA X

Luisa, José, Arturo y señor Antonio

SEÑOR ANTONIO

En mi casa, no permito
que a la gente se atropelle.

JOSÉ

Yo tampoco a un señorito,
que con besos mi amor selle.
(Arturo huye)

ESCENA XI

Luisa, José y señor Antonio

Luisa, sentada en una silla, llora.

JOSÉ

Este insulto abominable
oblígame a dimitir,
si este hombre miserable
a mi lado ha de seguir.

SEÑOR ANTONIO

Por simplísima contienda,
derecho no hay a anular,
a quien comercio y hacienda
tan bien sabe administrar.

JOSÉ

Siempre que algún contratiempo
al rico hace estremecer
con temores que oro y tiempo
amenazan de perder,

timideces que se oponen
a intereses del patrón,
en su labio un mote ponen
que es, de honor claudicación.

El negocio es el negocio,
acostumbra a replicar
el avaro que en consorcio
con el miedo suele estar.

Quédese, pues, con agente
que es, al par que buen truhán,
comerciante inteligente
que trafica con Satán.

Con lazos indisolubles
a Luisa me uniré,
y con ahorros disponibles
maquinaria adquiriré.

Y, si ayuda suerte loca,
fabricando empesa y dril,
vencer quiero a quien provoca
y ganar tesoros mil.

SEÑOR ANTONIO

Mi deseo es que la suerte
sus mandatos obedezca,
y que, cada vez más fuerte,
trabajando se enriquezca.

(Abriendo la caja)

Mientras va creciendo el saldo
de un balance de provecho,
a cuenta del aguinaldo
a que tendrá usted derecho,
aquí va un buen anticipo.

Mientras José recoge el dinero, Luisa va en busca de la ropa.

JOSÉ

Muchas gracias.

SEÑOR ANTONIO

Con agrado,
buen José, le participo
que si su majestad el hado

quiere, un día, su tesoro
asaltar o reducir,
cual embravecido toro
tengo, a fe, que lo impedir.

Salen juntos. El escenario queda un instante desierto. De pronto, con ademán traidor, entra Arturo.

ESCENA XII

ARTURO

(Solo)

¿La caja abierta?;
plata no habrá;
mas no estará
de algo desierta.

Quiero probar
si, en patrimonio,
el dios azar
o algún demonio,

en buen papel,
aquí me ofrecen
secreto infiel.

(Registrando la caja)

Retratos de hembra que besa
a un niño?;
cariño,
esto vale un potosí.

¿Y entre cartas perfumadas
un rizo
castizo?;
esto vale más que mi...

Se mete algo en el bolsillo y desaparece.

ESCENA XIII

Señor Antonio

(Solo)

Satisfecho, cierra la caja.

Bueno, ahora, lo que interesa,
dejando al honor invicto,
es arreglar el conflicto
con la clase obrera opresa.

No mi orgullo la opresiona
al defender mis derechos;
es la industria que a sus pechos
la amamanta, su ladrona.

Es la que huye presurosa
al Asia, a través de Europa,
no en trotón que audaz galopa,
sino en auto y cual raposa;

porque ve que en su continua
anudando rotos hilos,
produce el mongol más kilos
que el inglés, en paz continua.

Y, en el Extremo Oriente,
cual manada de corderos,
nutre a míseros obreros
de raza bien diferente.

Comiendo arroz y cebada,
vive, el chino, satisfecho;
mientras que, sin gran provecho,
harta ingleses, carne asada.

Pronto, el instruído obrero
que blanco platito y copa
cristalina usa, en Europa,
comerá en vulgar puchero.

Sin derribar fortalezas
do se ocultan razas tunas,
no se harán ya más fortunas
fabricando hilos y piezas.

Con los crecidos jornales
que el Sindicato me exige
y el horario que aquí rige,
¿quién dril fabrica y percales?

El milagro que Asia obra
al crear la competencia,
aniquila la potencia
que en Europa maniobra.

Sólo exportando tejidos,
que aquí sobran, podrá Iberia
la crisis i la miseria
evitar, con más pedidos.

Si no fuese la esperanza
que me infunde horripilante
guerra que años va a durar,

perdería la confianza
que la suerte da inconstante
a quien sabe trabajar.

ESCENA XIV

Señor Antonio y Arturo

ARTURO
(Entusiasmado)

Enorme alza, don Augusto,
por teléfono ha anunciado.

SEÑOR ANTONIO

¿El cotidiano disgusto
hase en gozo, al fin, trocado?

ARTURO

También dice que mil libras
abonadas deja en cuenta.

SEÑOR ANTONIO

Ya en mi pecho ardientes fibras
gozo danme que huir intenta.

La energía de la calma
que acompaña a la paciencia,
el Eterno dió a mi alma
al forjarla con su esencia.

Es la calma que serena
a quien busca atribulado
entre la ventura ajena,
dicha que hase extraviado.

Es la calma que resiste
con ecuanimidad santa,
la emoción que al gozo embiste
con atrocidad que espanta.

ARTURO

Y es la calma que encadena
a los ricos con tormentos;
y a mascar oro condena
a los pobres avarientos.

SEÑOR ANTONIO

Si, juntándose a mi suerte,
demanda llega extranjera,
que a la de aquí desconcierte,
rico haréme a la carrera.

ARTURO

Bien seguro tal demanda
vendrá pronto a visitarnos;
quien, hoy, en Europa manda,
con pedidos va a obsequiarnos.

Si, otra vez, demuestra España
que ser quiere independiente;
que es para ella guerra extraña
la que enciende extraña gente.

SEÑOR ANTONIO

Sin embargo, amigo Arturo,
según con quien se indisponga,
si la guerra se prolonga
está expuesta a un grave apuro.

ESCENA XV

*Señor Antonio, Arturo, Pablo
y su secretario*

Llaman. Arturo se levanta, abre la puerta y entran el presidente y secretario del Sindicato.

PABLO

Aunque algo retrasados,
aquí llegan dos soldados
de la Estrella Azul de Orión.

ARTURO

Entren, entren, caballeros,
que serán, tal vez, primeros
en cumplir su obligación.

Entran el presidente y secretario.

PABLO

Don Antonio Puigbó y Tenas,
se le saluda.

SEÑOR ANTONIO

Muy buenas;
empezaba ya a dudar.

PABLO

Nunca es tarde cuando llega.

ARTURO

¿Es verdad, señor Ortega,
que la huelga hoy va a cesar?

PABLO

Nunca tiempo en vano pierdo;
si llegamos a un acuerdo,
obediente personal
que sólo cumplir desea,
tan pronto una señal vea,
al trabajo irá, formal.

SEÑOR ANTONIO

Tomen asiento, señores.

PABLO

(Al Secretario)

Deme aquellos borradores
que el domingo redactó.

El secretario saca de una carpeta un borrador para cada uno de los concurrentes.

Sin que sean conclusiones,
aquí van proposiciones
para usted, señor Puigbó.

SEÑOR ANTONIO

(Pausa). (Repasando el borrador)

Bien hasta el cuarto, inclusive;
siento que el quinto me prive
darle igual conformidad,
y que el artículo sexto,
además de un mal pretexto,
resulte una iniquidad.

A quien siempre se propasa,
admitir no puedo en casa
sin renunciar a vivir.

PABLO

¿Así deja usted en ridículo
al obrero cuyo artículo
se encarga de redimir?
De la Estrella es delegado...

SEÑOR ANTONIO

Aunque el astro condenado
que hace usted resplandecer
se eclipsare, tal bergante,
en mi fábrica, un volante
no podrá jamás mover.

PABLO

Que usted ignora aún, sospecho,
que su máquina, un derecho,
da al obrero y porvenir.

SEÑOR ANTONIO

Ni porvenir placentero
ni mi máquina, al obrero
puede una ley conferir.

La ley natural que rige,
es la que al patrón elige
entre obreros, al cerner.

PABLO

Esto era, don Antonio,
cuando el mundial patrimonio
era aún por recoger.

SEÑOR ANTONIO

El progreso extraordinario,
no es conquista de corsario
ni de anárquica hermandad:
Cristo acá un día lo trajo
con nobleza y desparpajo
derrochando caridad.

PABLO

¿Anarquistas usted llama
a quienes quieren la llama
de la fe viva extinguir?
¿De la fe que en la Edad Media
origen fué de comedia
que el frailucho supo urdir?

¿De la fe que engaña al blanco
al saltar final barranco,
y hace al negro envilecer?
¿De la fe que muestra un cielo
que no existe y un subsuelo
donde infiernos hace arder?

Ya no es el proletariado
cadáver picoteado
por el cuervo clerical,
como cuando predicaban
en púlpitos do temblaban
hechuras del capital.

El mundo sigue otros rumbos:
hasta ahora, dando tumbos
en completa oscuridad,
no se había apercibido
que es, el oro, un dios bandido
rigiendo a la humanidad.

SEÑOR ANTONIO

Que abandone le aconsejo
discusión que es fiel reflejo
del más negro porvenir;
porque, amigo, si al dios oro
hay que hundir por su decoro,
peor dios vendrá a regir.

Entra Esteban y entrega una carta al señor Antonio. Este se levanta irado al leer su contenido.

Basta ya de discusiones;
todas las proposiciones
menos una, acepto hoy,
con la sexta, no transijo;
es bien justo lo que exijo,
en mi casa dueño soy.

PABLO

(Levantándose)

Los tres meses de disgustos,
de tensión nerviosa y sustos
acabamos de saldar.
Tal como el señor desea,
la huelga que nos marea
deja hoy de fastidiar.

Buen señor, le felicito.
Buenos días, y le invito
a otra discusión formal.

SEÑOR ANTONIO

Buenas tardes; ni en un punto
coincidimos en asunto
tan hondo y transcendental.

ESCENA XVI

Señor Antonio y Artal

Don Antonio, desde la puerta, llama a **Artal**, que está aguardando.

SEÑOR ANTONIO

Con oportuno volante
por Esteban transmitido,
mi resistencia tunante
y la huelga a usted vencido.

El ser bueno e inteligente
salva o hunde en el abismo
al amigo intransigente
en lucha consigo mismo.

ARTAL

No, don Antonio, fué en balde,
para mí, el mejor cliente.
Justo es que a su favor salde
gratitud en cuenta corriente.

Ahora que es jugar con fuego
comprar materia primera,
porque, atroz bursátil juego,
con alzas, el mundo altera.

SEÑOR ANTONIO

(Releyendo el volante)

¿Y es verdad que mis contratos
rescindir, hoy, pretendían,
quienes, como garabatos,
firmas suyas desprecian?

ARTAL

Sí; si no acepta en seguida
las entregas retrasadas.

SEÑOR ANTONIO

¿Dónde meto yo partida
de diez mil kilos de husadas?

ARTAL

Venda usted al bravo Murillo
que entre alzas contiende y bajas,
tan descomunal castillo
de algodón hilado en cajas.

Si aprovecha este momento,
gana usted vendiendo este hilo
disponible, sin descuento,
más de real y medio en kilo.

SEÑOR ANTONIO

Al coloso potentado
buen Marqués de Coll de Maia
inmediatamente vaya
a venderlo de contado.

ESCENA XVII

Entran la esposa y la hija del señor Antonio.

Señora Emilia, señor Antonio
y Rosa

SEÑORA EMILIA

Buenas tardes.

SEÑOR ANTONIO

¡Hola, Emilia!
¡Hola, hijita! ¡Qué elegante!

Rosa besa a su padre.

SEÑORA EMILIA

Voy a vender a Otilia
mi famoso diamante.

SEÑOR ANTONIO

No más joyas vendas, ni oro;
ya cesó nuestro tormento,
ya, con perlas, tu tesoro
podrá alzar un monumento.

Al fin, nuestros sacrificios,
de sudores esmaltados,
rinden ya los beneficios
tanto tiempo deseados.

A quien garra diabólica
el dolor clavado había,
cual Isabel la Católica
das con joyas alegría.

Gracias, fiel y digna esposa;
abrazada al sacrificio
junto con María Rosa,
has besado cruel silicio.

Abrazada a la fortuna,
con delirio, besa ahora
que el suplicio no importuna
la alegría redentora.

La alegría que pronto huye
si en redor pisadas nota
de un fantasma que destruye
con furor que almas derrota.

ROSA

Ya, papá, nada me asusta
desde que, al salir del pozo,
joyas que en mi pecho incrusta,
con locura pule el gozo.

SEÑORA EMILIA

Dime, Antonio, ¿cómo ha sido
que en tan poco tiempo, el hado,
te haya así favorecido,
te haya tal tesoro dado?

SEÑOR ANTONIO

Como émbolo, en mi caja,
el blanco algodón subiendo,
el vacío que hizo en baja
llena, en alza, comprimiendo.

Son, estas oscilaciones,
para el industrial, fatales,
si no toma precauciones
que exigen de oro raudales.

Tus joyas, querida Emilia,
salvándome, han obtenido
la ayuda que más auxilia
al patrón comprometido.

Sirenas silban y campanas tocan.

SEÑOR ANTONIO

Ya campanas y sirenas
himnos al trabajo entonan;
ya se han roto las cadenas
de ideales que aprisionan.

El traqueteo de los telares empieza de nuevo.

Ya de nuevo el traqueteo
de telares me fascina,
ya radiante aurora veo
que mi suerte vaticina.

Ya el dinero huye cobarde
de bolsillos y talegas
que el trabajo llenó en balde
en la Europa de las bregas.

Y mientras el cañón truena
y retrocede asustado,
amarillo metal suena
refugiándose a mi lado.

Y mientras guerra extranjera,
codiciosa, rumbos tuerza;
nuestra Patria, ni bandera
ni fe cede ni su fuerza.

Viva España que no quiere
sangre derramar en vano,
ayudando cruel mano,
que a menudo, su honra hiere.

EL NUEVO RICO

ACTO TERCERO

EL NUEVO RICO

POEMA EN TRES ACTOS

ACTO TERCERO

El escenario representa un salón ricamente amueblado. Puertas a ambos lados y una al fondo.

ESCENA PRIMERA

Señora Luisa y Cristina

SEÑORA LUISA

Para deslumbrar miradas
de filantrópica gente,
cual palacio reluciente
de aristocráticas hadas,
dejar debes hoy, Cristina
mi casita linda y bella.

CRISTINA
(Limpiando el polvo)

Ya comprendo, viene ella,
la que a pobres apadrina.

La que, haciendo un gesto hermoso,
dejar supo a usted abrazado,
el hijito desgraciado
retenido por su esposo;

la que reparando el daño
que a usted hizo don Antonio,
dió, a tal hijo, patrimonio
que repara el mal de antaño.

Viene la digna señora
que al conocer su desgracia,
dióle, además de su gracia,
esta villa encantadora.

SEÑORA LUISA

Sí, muchacha, doña Emilia,
va con su presencia a honrarnos.

CRISTINA

Ya que viene a visitarnos
la dama que a mi familia

dió, en su día, honroso amparo,
a mi Esteban recompensa,
a mi amor propia defensa
y a usted bienes sin reparo;

con ardor voy, señorita,
cual merece y manda a honrarla.

(Pausa. Se oye toser a un niño)

SEÑORA LUISA

Gozosa oiría tu charla
si esta tos que el pecho irrita
de mi amado hijo Gustavo,
fibras que arrancar quisiera,
en mi corazón no hiriera
cual martillo que entra un clavo

Si bronquios que silbar siento
dentro el pecho de mi infante
y la tisis galopante,
no alejarán mi contento.

Si a hijo que muerto creía,
no hubiesen malas acciones
infectando sus pulmones
provocado mi agonía.

CRISTINA

Señorita, no se apure,
quizá algun sabio alquimista
a tan cruel microbio embista
con reacción que le triture.

A probar voy si el nenete
tragar puede sin toser,
amarga gota o cachete
que le haga adormecer.

(Vase)

ESCENA II

SEÑORA LUISA

(Sola)

Causando mi desespero,
deja un microbio malvado
conmigo crucificado
a quien con tanto ardor quiero:

salvando hijos desgraciados,
¿por qué al de Cok no extermina
quien con soles ilumina
mundos en éter sembrados?

Quien al sol da calorías,
a la luna aureola,
y a ambos mundos enarbola
sin romper cristal ni guías.

Quien alumbra los espacios
dando fuerza a immensos soles
que iluminan cual faroles
de Vía Láctea los palacios.

Quien auroras boreales,
nubes, aguas y éter pinta,
sobre un cielo que prescinta
con arco-iris divinales.

Quien da al aire aves ligeras,
a los cielos luminares,
pececillos a los mares
y a desiertos bosques fieras.

Quien da verdor a los prados,
fuentecitas a los ríos,
brisa y fuego a los estíos,
hielo a invierno y sol de grados.

Quien defensas cual espadas
a las plantas da y abrigos,
vitaminas a los trigos
y a las frutas sazonadas.

Quien da al cieno, entre lombrices,
jugos que dan los colores
para embellecer las flores
que en él clavan sus raíces.

Quien da al bruto la belleza
que con su nombre contrasta
y da al hombre lo que basta
para vivir sin pereza.

Ya que Dios no lo aniquila,
¿por qué el hombre que elefantes
derriba y monstruos gigantes
tal microbio no mutila?

¿Por qué no alcanza la ciencia
el veneno que merecen
bichos que así desmerecen
a la humana descendencia?

Cogiendo un papel, dice:

Figura en esta receta
que escribió el doctor Trallero,
un miligramo entero
de un producto que me inquieta.

(Con desespero)

Que aniquile apetezco
los microbios tal veneno,
aun cuando a pudrirme el seno
el mal venga que aborrezco.

Aunque, así contrariados,
vinieran sus descendientes
cual millones de serpientes
en mi cuerpo a ser mimados.

Aun cuando, una vez curado,
mi hijo fuera cruel verdugo
que, armando en mi cuello un yugo,
en vil tierra hundiese arado.

Para que salud luciere
el rostro de mi angelito,
aliándome al delito,
incluso criminal fuere.

(Pausa. Sosegándose y llorando)

¡Perdonadme!
¡Perdonadme, cielos santos!
No sé ya lo que me digo,
cuando infiernos por abrigo
mi alma pide con tal llanto.

Si dichoso eterno nido
con la muerte alcanza mi hijo,
negadme salud que exijo
a cambio de lo que pido.

Obtener, cielos, quisiera
a cambio de su existencia,
de la celestial herencia
sitio en donde él estuviera.

Cae desvanecida. Interna luz ilumina el escenario y angelical voz resuena.

CORO DE ANGELES

No te aflijas
mujer buena,
que a tu pena
normas fijas
Dios dictó.

Sufrimientos,
en la Tierra,
en ti encierra
quien contentos
puede dar,

porque espera
darte al cielo,
el consuelo
que no altera
ni la edad.

Dicha eterna
darte ansía,
quien confía
en tu bondad.

La luz celestial se extingue y cesa la visión.

Mucho más veloz que el mundo
siguiendo su trayectoria,
transcurrió cada segundo
que gocé en la eterna gloria.

Con tan excelentes cantos
y tan armoniosa orquesta,
visiones propias de santos
dadme ¡oh cielos!, como ésta.

Tal concierto, mi existencia
con la vida eterna empalma,
y da a mi afligida alma
anticipos de una herencia.

De una herencia formidable
no en el cielo de los soles
que con encendidas moles
hizo Dios inhabitable,

pero sí en el que se oculta
tras la bóveda estrellada
en donde tiene la entrada
que abre el día y sol resulta.

ESCENA III

Señora Luisa y Cristina

CRISTINA

Pobre niño, ¡cuánto le amo!

SEÑORA LUISA

También él ama a su Cristina.

CRISTINA

Nunca amarga medicina
por su culpa yo derramo;

en su rostro algo moreno
triste sonrisa aparece
y la traga, cual merece,
según dice, su angel bueno.

Y besándome la mano,
pídeme, su labio, el beso
que, por el temor opreso,
dar el mío intenta en vano.

SEÑORA LUISA

El temor que a la existencia
avisa, también me asalta,
y, a veces, al niño falta
el beso de más potencia;

pero su mirada es flecha
que, en mi semblante clavada,
recompensa antes negada,
pronto obtiene al abrir brecha.

CRISTINA

Con extrañeza he observado
que, el doctor, esta mañana,
en secreto habló con Ana;
¿es que el niño se ha agravado?

SEÑORA LUISA

No;
díjole el doctor amigo,
que preciso es vigilarle,
y que nunca impresionarle
alcanzar debe el castigo.

Dice que va mejorando,
pero el único remedio
lo da el tiempo envuelto en tedio,
mientras vidas va amargando.

Y que sólo en Vallvidrera,
al amparo de un bosquete,
probable es que, el mal, respete
pulmón que salvar espera.

Pausa. El niño tose de nuevo y la señora Luisa dice, llorando, y muy despacio:

Más que nunca el pobre tose;
y qué horrible es el tormento
que, con arma que aquí siento,
a puñaladas me cose.

No quiero empezar de nuevo
a gritar disparatando,
si bien, bilis voy tragando
mientras seca lengua muevo.

Pausa. El enfermo va tosiendo y la señora Luisa, azorada, va de un lado para otro; de pronto, toma la mantilla.

Si te llama, acude presto
y a su lado permanece,
mientras yo a la Virgen rece
por la vida de un difunto.

Váse llorando amargamente. Cristina también llora.

ESCENA IV

CRISTINA

(Sola)

¡Pobre señora Luisa!,
que santa seas precisa
para soportar tu mal.
Si la Virgen no se apiada
de esta madrecita honrada,
trágico será el final.

En noche tempestuosa
cual fiera que el rayo acosa,
Arturo en su casa entró;
y sin temor a los gritos
que originan sus delitos,
dijo al ángel que asaltó.

Don Antonio la ha engañado,
a su hijo, secuestrado,
tiene en la pensión Mambrú;
aquí van los documentos
que en difíciles momentos
robar pude y su virtud.

La santa exhaló un suspiro
y un instante quedó a tiro
de vil arma el suyo honor;
mas, de pronto, mi buena ama,
se rehizo cual la flama
que en vendaval da fulgor,

y dijo con energía
al esbirro, qué quería
a cambio de aquel papel;
don Antonio, dijo el plaga,
con su fortuna me paga,
mas usted, con ser infiel.

—Esto nunca, vil bandido.—
Pues, entonces, su marido
el divorcio va a pedir:
basta que abra yo el pico
para su alma echar a pico,
dijo el malvado al salir.

En tanto el cerco estrechaba
a palomita que amaba
tan temible gavilán,
el tormento, con delirio,
agravando su martirio
trabajaba con afán.

Repudiada por esposo
a quien Arturo, envidioso,
el divorcio aconsejó;
su porvenir salvar pudo,
cayendo en manos que un nudo
con otro más fuerte unió.

Cuando supo que vivía
hijo que muerto creía
y libre ya de José,
abrazada a doña Emilia,
reunir pudo la familia
que esparcida un día fué.

Pero al abrazar a su hijo,
como reo al crucifijo
a la muerte fué a abrazar,
y a quien ama tanto y tanto,
vertiendo copioso llanto
muriendo quiere salvar.

Y, a la sombra de la Parca,
amor maternal embarca
hacia oculta eternidad,
a dos seres desgraciados
por la fortuna mimados
en triste oportunidad.

El niño tose de nuevo.

Y la muerte, sonriendo,
va dos sepulcros abriendo
en tierra que a otros colgó,
y así ufana le devuelve,
polvo que el hombre revuelve
al dar cuerpo a almas que ató.

ESCENA V

Cristina y Esteban

ESTEBAN

(Hojeando un periódico)

¿Dónde está la señorita?

CRISTINA

Creo que en la capillita
del Sagrado Corazón.

ESTEBAN

Al cruzar cierta avenida,
¡oh! Cristina de mi vida,
volcó el auto de un patrón.

CRISTINA

Y a ti, Esteban, ¿qué te importan
choques de autos que transportan
gente rica al "bulevard"?

ESTEBAN

Aunque a tu candor asombre,
a decirte voy el nombre
de quien vienen de anular.

CRISTINA

¿Don Antonio será, acaso?

ESTEBAN

Quien obtuvo tal fracaso,
fué José al batir "records".

CRISTINA

Virgen Santa, qué alegría,
¿qué es lo que en París hacía
el plaga hijo de Las Corts?

ESTEBAN

Disfrutar de su dinero
y hacer cual rata primero
en eterno carnaval;
porque el José honrado y bueno
que a los vicios puso un freno
cuando era útil menestral,

oro manejó cual cobre
cuando, rico, presto pobre
de virtudes se quedó,
y, en pos de bellas mujeres,
entre ríos de placeres
en París ayer murió.

El dinero se divierte
engañando a quien pervierte,
con infernal relumbrón
que a la virtud escarnece.

CRISTINA

Maridito, no merece
ser mimado en mi cajón,
el metal que así trastorna
a quien con su brillo adorna.

ESTEBAN

Ni merece nuestro hogar
huésped que da en recompensa,
placer que con pena intensa
ricos hunde en el fosar.

CRISTINA

Prefiriendo a sus destellos
otros que hace amor más bellos,
pobres debemos vivir.

Se pone a limpiar con energía.

Mientras yo este mármol bruño,
el barniz, con fuerte puño,
a estos muebles haz salir,
porque, pronto, la señora
madrinita que me adora,
vendrános a visitar.

ESTEBAN

¿Doña Emilia vendrá a vernos?

CRISTINA

Sí; y parécenme ya eternos
los instantes al pasar.

ESTEBAN

Voy a ver si te distrae
notición que, en donde cae,
almas hace estremecer.
Arturo está arruinado.

CRISTINA

Buen castigo, al desalmado
haga pronto perecer.

ESTEBAN

No seas tan rencorosa
y perdona, cara esposa,
a quien van a fusilar.

CRISTINA

¿Por qué?

ESTEBAN

Porque, el mejor día,
agentes de policía,
ante el crimen, lo han de atar.

CRISTINA

¿Quién supone al miserable,
criminal tan execrable?

ESTEBAN

Lo sospecha Enrique Par,
y otras cosas importantes.

CRISTINA

Porque no las dices antes,
alguien viene de llamar.
Voy a ver si es la madrina;
tira pronto esta cortina
para en ella te esconder.

ESTEBAN

No hay inconveniente alguno,
puesto que es sitio oportuno
para dormir o leer.

Sin embargo, alegremente,
disfrutando en otro ambiente
el jardín podría arreglar.

CRISTINA

Por si yo te necesito,
para que oigas pronto el grito
lejos fuera tal lugar.

(Vase)

ESCENA VI

ESTEBAN

A la cortina pegado,
hásme, mujercita, atado
como fiel perro al portal;
pero, en fin, lo que no entiendo,
quizá a doña Emilia oyendo
claro vea cual cristal.

Tal visita, a fe, me intriga:
algo, a esta señora, obliga
don Antonio aquí exigir.
No sé qué presentimiento
destruye, en este momento,
mi eterno alegre vivir.

Evitando horrible drama,
obligó esta noble dama
a su esposo a bien dotar
a la madre del bastardo
hijo que cayó cual dardo
en su corazón sin par.

Bien puede hacer tales dones
quien disfruta de millones
que en poco tiempo adquirió;
quien hoy manda en el Senado
y conde es privilegiado
y gran duque de Puigbó.

Se oyen dos agudos silbidos.

Fuerza oculta que me aplasta,
con temores lima y gasta
mi robusta complexión.

Se oye ruido de pasos.

Aquí está; mientras al niño
entretenga su cariño,
voy por otro notición.

(*Leyendo el diario*)

Ya lo tengo, e interesante.

Tres años han transcurrido
desde que los aliados,
al pueblo alemán vencido
tratos dimos nunca usados.

Sus colonias y flotantes
en Versalles obtuvimos
junto con interesantes
máquinas que destruímos.

Haciéndole responsable
único del "crac" mundial,
un tributo formidable
le impusimos por censal.

. . . .
. . . .
. . . .

Mas ya denotan indicios
que al más fuerte hacen temblar,
que inútiles sacrificios
hicimos por triunfar.

Además de otras noticias
de espeluznante cariz,
en montones de injusticias
una hay que clava raíz.

La primera frasecita
que hace a su hijito leer
la alemana madrecita,
dice así: "ser o no ser".

La revancha se prepara,
otra guerra, al fin, vendrá:
el mal nuestro se repara
con oro que el teutón da.

Y el gigante formidable,
una vez rehecho esté,
un tratado abominable
pisará con firme pie.

Se oye gente que se aproxima conversando.

No sorprenderme
debe la dama,
voy a esconderme
do amor reclama.

ESCENA VII

Doña Emilia y Cristina

SEÑORA EMILIA

De la ciencia desahuciado
a Gustavo ha declarado
sin reparos el doctor.
De tal modo ha enternecido
tal noticia a mi marido,
que ha temblado con horror.

A su hijo ver intenta,
sin tener siquiera en cuenta
que a Luisa va a matar.
Para evitar tal disgusto,
he encontrado el medio justo
que aquí le permita entrar.

CRISTINA

¿Sin que mi ama se aperciba?

SEÑORA EMILIA

Sí.

CRISTINA

Soy de usted sirvienta activa
que a tal fin cooperará.

SEÑORA EMILIA

No otra cosa yo esperaba
de joven que menoscaba
el temor que el tedio da.

CRISTINA

¿Cómo va usted a lo alcanzar?

SEÑORA EMILIA

Pretextando en mi visita
que un temor u otro me agita,
acortarla, es mi intención.
Aceptar pienso la ayuda
que tu buena ama, sin duda,
va a ofrecer a mi aflicción:

una vez su ofrecimiento
aceptado habré de intento
con fingida buena fe,
juntitas las dos saldremos,
y, mientras compras haremos,
por amor, la engañaré;

puesto que, en su corta ausencia,
mi esposo, con su presencia,
su casa profanará.
Para que este acto consuma,
el dolor que más abruma
me ofrece la gravedad;

gravedad que, a mi pariente,
besar permite a inocente
hijo, en estado fatal.

Cristina, que está de pie vigilando, ve venir a la señora Luisa.

CRISTINA

La señora entra azorada.

SEÑORA EMILIA

Menos mal, que ya enterada,
niña, estás de lo esencial.

(Vase Cristina)

ESCENA VIII

Señora Emilia y señora Luisa.

(Besándose)

SEÑORA LUISA

Del templo vengo;
sólo humor tengo
para rezar.

SEÑORA EMILIA

Sí, buena amiga,
que a Dios obliga
el nuestro orar.

SEÑORA LUISA

Entre aflicciones,
bellas visiones
tengo yo aquí.

SEÑORA EMILIA

Entre riquezas,
sólo tristezas
sufro yo allí.

SEÑORA LUISA

Verla quería.

SEÑORA EMILIA

Lejos estaría,
si, en otro hogar,
pesar que siento,
hubiese intento
hecho explotar.

SEÑORA LUISA

¿Qué le sucede?

SEÑORA EMILIA

Algo que puede
usted evitar.

SEÑORA LUISA

¿De qué manera?

SEÑORA EMILIA

Si me acompaña
y, a quien me engaña,
sabe burlar.

SEÑORA LUISA

¡Ah, ya comprendo!,
nada tremendo
hay que temer;
será el joyero
que su dinero
querrá absorber.

SEÑORA EMILIA

Y la modista
y un gran artista
y un menestral.

Comprar barato,
requiere olfato
fenomenal.

SEÑORA LUISA

Si usted comprende
que hace, a quien vende,
mi voz presión,

mande y disponga,
lo que proponga
es mi ilusión.

SEÑORA EMILIA

(Levantándose)

Este es mi instante.

SEÑORA LUISA

Duerme mi infante,
puedo salir.
Mientras me vista,
faz que contrista
vea usted sufrir.

SEÑORA EMILIA

(Aparte)

Sí, con Cristina,
faz que ilumina
ya el Redentor,

mientras la espero,
con gran dolor.
contemplar quiero,

ESCENA IX

Sale Esteban y retrocede al ver la sombra de tres hombres.

Arturo, Simón y Riego

ARTURO

Esta oscura habitación,
escondrijo es bien seguro.
Vigilancia, ¡eh, Simón!,
y tú, Riego, pega duro
aunque sea a traición.

Se esconden en una habitación contigua a la de Esteban.

Lava encendida arrojara
que a mi seno Luzbel da,
si mi bilis no apagara
volcán que bramando está.

De serpientes y escorpiones
abrigar quiero mi ser,
para estimular pasiones
que hace el miedo adormecer.

La sangre, cual vino tinto,
dispuesto a sorber estoy,
para abrevar mal instinto
que a derrochar aquí voy.

Ven, infierno, a socorrerme
con tu más ágil legión;
venid pronto a obedecerme
ira y odio en rebelión.

Cual endemoniado, sale Simón.

SIMÓN

Ya aquí estoy.
Ven, furor,
que al temor
a vencer voy.

Entra Riego y sale Simón.

RIEGO

Muerte atroz,
hoy aquí,
soy por ti
mango y hoz.

Bien duro es
mi metal,
cual destral
pega, pues.

Sí, con mi hoz o tu guadaña,
vidas siega, muerte extraña.

(Vase)

ARTURO

No sólo por amor vengo,
esta vez, quiero probar
si antiguas ofensas vengo
con la dama de este hogar.

La epidermis arrancara
a su piel, que es mi ilusión,
si exprimiéndola alcanzara
el licor de más acción.

Ya que a Luisa, honrada obrera,
poseer nunca alcancé,
a Luisa, dama altanera,
con ardor hoy besaré
o su cerviz pisaré.

O en mis brazos caer debe,
esclava de mi querer,
o a mis pies, si a ahogar se atreve
la pasión que ella hace arder.

Se oye rumor de pasos.

Silencio a mi labio impone
el rumor que hace al pisar,
pie que o tengo que besar
o clavar, si a ello se opone.

ESCENA X

CRISTINA

Ya, al lado de su hijo amado,
don Antonio, llanto vierte,
ya, quien padre fué malvado,
su atroz culpa, tarde, advierte.

Dirigiéndose hacia donde está Esteban.

A quien tu patrón fué, un día,
lleva, Esteban, el consuelo.
¿No respondes? Juraría
que durmiendo está, cual lelo.

Levantando la cortina de la habitación.

No duerme, no, que ha salido.
Yo, sin él, no vuelvo al lado
de aquel ser enternecido
que expía su gran pecado.

Abrazando a su hijito,
¡pobre padre, cómo llora!,
invocando a Dios bendito,
¡pobre hombre, cómo ora!

Mas, ¿dónde habráse metido
mi marido en este instante?
El jardín será el causante
del descuido que ha tenido.

Voy a ver si entre rosales
disfrutando está de ambiente,
que es del paraíso agente
que alegrías da a raudales.

ESCENA XI

SEÑOR ANTONIO

Vete, atrás, remordimiento;
descubrir tu mal intento
ya que me tratas así.
Muy mal hace quien da vida
abrazado a amor suicida
con delirio y frenesí:

mas,
si al hablar mintió mi labio,
satisfecho está el agravio:
si a una mujer ofendí,
saldadas tengo mis cuentas,
¿por qué así, pues, me atormentas
con tan brujo bisturí?

Si a quien procrea así tratas,
a quien mata, ¿por qué no atas
al suplicio que a otros das?
¿Por qué al guerrero cristiano
permites ser inhumano
con tu proceder desleal?

Gran tranquilidad, conciencia,
das a gentes cuya herencia
disfrutan de guerra atroz,
y a quien da humana cosecha,
clavas al corazón flecha
que envenenas con tu voz.

Ya que de tal modo ensanchas
sucia manga do las manchas
son del buen sentido horror,
afloja un poco la brida
a quien pecando da vida
en brazos de impuro amor.

Ya que celo manifiestas,
vete, y las tranquilas siestas
interrumpe a quien, formal,
muy tranquilo peleando,
con permiso de alto mando,
gloria alcanza celestial.

(Pausa)

¡Tranquilo hame, al fin, dejado,
oh, conciencia, que al pecado
tan imparcial trato das.
Sin embargo, otro tormento
que tolerar no consiento,
me queda aún por derrotar.

Sentimiento es egoísta
que, en el orbe, a quien despista,
destroza alma y corazón.
Atrás, amor que exasperas
incluso a quien más veneras
en tu dorada mansión.

Amor propio que sepulta
en los pechos do se oculta
corazones sin temor,
con eterno llanto amara
a la tierra que depara
sinsabores como flor.

Llora, el padre enternecido,
mientras la madre ha perdido
ya del llanto la noción,
porque, a su hijo moribundo,
atar quisieran al mundo
que semilla es de aflicción.

Llora el solterón la ausencia
de hijos propios, y su herencia
en los de otros va a parar;
llora el viudo la consorte
que al morir dejó sin norte
a su prole en triste hogar.

Más de un pobre las riquezas
lloran que absorbieron proezas
dignas del peor truhán;
llora el rico su impotencia
en frente de resistencia
que ni oro vence ni su afán.

Llora el sabio, que ha enfermado,
la salud que ha derrochado
para más gloria alcanzar;
llora el ignorante necio,
un tiempo que oro es su precio,
y que, orando, vió volar.

Y en calma o en desespero,
así llora el mundo entero
algo o alguien que perdió,
yendo en pos de puro o impuro
amor ciego que es, auguro,
de egoísmos la ficción.

Atrás, amor que en la tierra,
al padre que al hijo entierra
y a la madre haces llorar,
al viudo atas y al soltero,
al rico hurtas el dinero
y al sabio haces enfermar.

Finir deben los mortales;
lo que a todos hace iguales
no nos debe estremecer;
en lugar de desesperos,
augurios bien placenteros
deben nuestras penas ser.

Ver la gloria, el amor propio,
impide a quien telescopio
no use de alto potencial;
potencial que sólo adquiere
quien amor de Dios prefiere
al que llaman terrenal.

En muy lindo observatorio
do se divisa el emporio
vengo yo de me instalar,
y ya amor de Dios me inspira
la resignación que admira
y ambiciona el ser vulgar.

En tal sitio refugiado,
¿quién otra vez alterado
mi sosiego dejará?
¿Quién mi argumento resiste?
¿Quién mi fortaleza asalta?
¿Quién sin fracasar embiste
torreón de cruz tan alta?

ESCENA XII

Señor Antonio, Arturo y dos apaches

ARTURO

Yo, explotando a rica gente,
soy de nuevo el buen agente
digno del señor Puigbó;
y soy el fiero enemigo
que con maldades prodigo
malestar que siento yo.

Obliga a levantar los brazos a don Antonio encarándole el revólver.

SEÑOR ANTONIO

No traigo dinero encima.

ARTURO

Tal argumento no esgrima,
quizá traiga algo mejor.
A probarlo, compañeros.

Salen Simón y Riego hechos dos fieras.

Registradlo y sed arteros,
que el negocio es un primor.

Lo despojan de cuanto lleva encima.

ESCENA XIII

Los mismos, Esteban y tres policías

POLICÍA PRIMERO

¡Alto!

Los bandidos levantan los brazos.
Riego trae la navaja entre dientes.

ARTURO

Compañero,
es honor
ser primero
y el peor.
A lo dicho, Simón, Riego.

Riego coge el cuchillo y hiere a don Antonio en el preciso momento que un disparo le deja cadáver a él.

SEÑOR ANTONIO

¡Asesino!... ¡Criminal!...

Cae sin sentido sobre un sillón. Los guardias atan a los bandidos, y quitan de enmedio el cadáver de Riego.

ARTURO

Este golpe colosal
es, de un bravo, el mejor juego.

ESCENA XIV

Señor Antonio, Arturo, Simón,
Esteban, Cristina y tres policías

ESTEBAN

Después de examinar la herida.

Herida es que causa horror;
precisa pronto socorro.
Cristina,
mientras yo a la iglesia corro,
ve tú en busca del doctor.

Salen corriendo.

ESCENA XV

Los mismos, menos Esteban y Cristina

Uno de los policías permanece al lado del herido; los restantes, salen empujando a los presos.

ARTURO

¡Oh, ricachón!,
tu gran arcón
provisto está;

otros, no obstante,
lo vaciarán,
¡oh, nuevo rico
que enterrarán!

Los guardias lo empujan hacia afuera. Antes de salir, dice:

¡Adiós, buen duque,
a pique el buque
tuyo al puerto es,
adiós, marqués!

Da una gran carcajada y sale.

ESCENA XVI

Señor Antonio y el guardia primero

SEÑOR ANTONIO

En mala hora, aventurero,
tu vil facha conocí;
si tus insultos tolero,
¡vive Dios!, no es porque sí.

Antesala del infierno
el presidio te será,
do, esperando el fuego eterno,
tu cuerpo se pudrirá.

POLICÍA PRIMERO

Buen señor, no se fatigue;
en Ceuta, hallará el malvado
quien a trabajar le obligue,
y un garrote levantado.

ESCENA XVII

Señor Antonio, el guardia y Gustavo

Gustavo, cual fantasma, aparece tosiendo, y en camisa, y corre a abrazar a su padre.

(Representa tener once años).

SEÑOR ANTONIO

¡Oh, hijo mío!,
quien de ti huía,
de la agonía
siente ya el frío.

Mientras en mis brazos
crujen tus huesos,
fuertes porrazos
sienten mis sesos.

Di a madrecita
que mi visita
para ti fué;
y que, muriendo,
más aún comprendo
mi mala fe.

Pero que un beso
que dejo impreso
hoy en tu faz,
es para ella;
di que es su huella
signo de paz.

Oyeme, hijito,
¡Oh, Dios bendito!,

(Auscultándole)

cadáver es.

Dando muestras de gran cansancio y llorando.

¡Oh, Virgen Santa!,
ya a tus pies canta
otro ángel, pues.

Duerme, mi infante,
sueño triunfante
la muerte es...
duerme...
duerme...
pues.

(Rehaciéndose algo)

Cuerpo sin alma
al mío abrazado,
quien te ha engendrado.
en plena calma
muere a tu lado.

Tu alma sin cuerpo
soles pisando,
va galopando
y preparando
a la mía hogar.

Mas si un instante
que me conviene,
algo entretiene
tu galopar,
muriendo, vengo
a te alcanzar.

¡Sí, sí, muero!...

Y el sol seguirá brillando,
y la cristalina esfera,
mis restos, en su carrera
para siempre irá paseando,

ora en forma de materia
corruptible entre gusanos;
ora en la de polvo en manos
del viento en su periferia.

¡Sí, sí, muero!...

Ya eterno esclavo
soy con Gustavo
del cielo, hoy;
ya en santa calma
abrigo a mi alma
al cielo doy.
¡Ya vengo!
¡Ya estoy!

ESCENA XVIII

Los mismos, más Esteban y un cura

Al descubrirse el guardia, entra Esteban y un cura.

ESTEBAN

(Gritando)

¡Muerto!

El cura da la bendición.

TELÓN

